

OTRAS RAZONES

PASIÓN DE FRIVOLIDAD

Tal vez no se deba confundir con la ligereza de sentimientos que produce veleidad en el carácter. Incluso se puede dudar, dado que ningún filósofo la ha tratado así, de que la frivolidad sea una de las pasiones del alma. Pero si nos atenemos a la dimensión que alcanza la ligereza de espíritu en toda la acción postmoderna (guerras humanitarias, pensamiento débil, arte «light»), parece difícil no ver en la frivolidad una de las grandes pasiones que la civilización hace prevalecer cuando se esfuma el compromiso vital con otras ambiciones superiores. La frivolidad comenzó a mostrar su nuevo poder, al término de la guerra europea, en el vestido femenino, las músicas de baile y las artes plásticas. Se tomó como una moda. Pero la ruptura del muro de Berlín, dejando escapar la oceánica ola de frivolidad que nos anega, cambió esa perspectiva. Las fluctuaciones entre sentimientos contrarios, el vago «flotement de l'âme», puso el escepticismo ideológico de la postguerra fría al servicio de la irresponsabilidad, para que la ligereza tomara nuevo cuerpo social, incluso en la guerra, con frivolidad intelectual y política.

No reflexiono, aquí, sobre los actos frívolos que toda seriedad no cesa inevitablemente de realizar. Sólo trato de dar un paso de aproximación al conocimiento de la frivolidad como pasión de clase dominada. En su origen, la ligereza de espíritu sólo era una sedosa cortina que velaba, en los altos círculos sociales, la animalidad de las grandes pasiones de poder, codicia y placer. Aquella frivolidad aristocrática comunicó algo de su carácter a la vulgar, pero sin el talento exigido por la elegancia de clase: gustos insólitos, modales refinados, impertinencia inteligente, educada falta de tacto, divertido horror de la seriedad. Por ese «savoir-faire», la frivolidad avanzaba de puntillas sobre cosas, personas, asuntos e ideas, como una yegua en paso de «piaff», sin ganar un sólo palmo de terreno. Pero al tomar el gagaismo de sus ancestros por distinguida curiosidad del espíritu insatisfecho, la actual frivolidad se interesa por todo aquello de que se habla y, sin escuchar, gira de prisa la cabeza, con una expresión casi imperceptible de vacío, para pasar a otro asunto y continuar así su carrera de interrogación sobre lo que no tiene el menor deseo de conocer. Hablar de lo que se ignora en nombre de lo que se desconoce, hábito de la conversación en la pequeña sociedad, ha pasado a ser el arte literario del gran columnismo.

El columnista tiene sentido del humor, pero no de comicidad ni del ridículo, porque no es convulsivo ni grotesco. Su sonrisa es civilizada y su risa bárbara, porque ha experimentado el inicio de todas las pasiones, sin haber ultimado, inspirado o dominado ninguna. Todo le puede gustar y, tal vez, emocionar con levedad, porque ningún sentimiento trascendente le embarga. Desea tantas cosas a la vez, y con tan poca intensidad, que pierde las ganas



de envidiar alguna. No se entrega, sin enemistad, al sarcasmo, la maledicencia, la irrisión o la amargura. Pero le encanta la broma liviana y conoce la depresión. Su rica expresión parece más un escape ante

lo serio que admira, sin conocerlo, que una huida del aburrimiento social que en la superficie le espanta y en el fondo le atrae. Frivolidad, pues, de clase dominada.

La frivolidad en la clase política no la define la ligereza de casi todos sus actos de gobierno, donde aparece confundida con la irresponsabilidad, sino el gesto de fracaso que los acompaña paradójicamente en el éxito. Forzadas sonrisas de vendedor de humo. Salidas de tono con frases, sin chispa de cultura o humor, pegadas a trajes de ejecutivo ejecutado. La imagen personal que el sistema de partidos une a los representantes del poder, hace de la mujer hacendosa de lo público una empleada bancaria y del varón rumoso de lo privado, un gacetillero de prensa amarilla. Frivolidad de clase dominada por las agencias de dinero y fama.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

PREPARANDO EL TERRENO

Que no están las cosas para bromas con el asunto autonómico, es algo que saben perfectamente todos los españoles y, en particular, los lectores de LA RAZÓN que, como Juan Bravo, se han enterado de que en Canarias se han encendido las primeras luces de alerta y que Defensa se vuelca en el archipiélago ante el giro federalista del Gobierno autonómico.

Otros Ministerios se habían volcado ya con los canarios, y recuerda en este sentido el espía J.B. que Fomento ha multiplicado en las islas los proyectos aeroportuarios, tan indispensables para una Comunidad isleña tan alejada.

Se han reforzado los aeropuertos y se lu-

cha por el estatuto especial del archipiélago en la Unión Europea, pero también se han multiplicado los servicios de información.

Poco antes de que se reuniese allí el Consejo Superior del Ejército, estuvo en las islas un muy alto directivo del CESID. Tenía la misión de entrevistarse con los espías y explorar a fondo el terreno político. Que es lo mismo que enterarse de todo y tener los correspondientes informes a punto para que no hubiese el menor fallo durante la importante reunión en Tenerife de los trece tenientes generales.



Juan BRAVO

Mas no es en este cómico y ataraxico lema en el que pretendía detenerme, sino en el primero de ellos. En el mito de la modernización. Lamentablemente sirvió como coartada para dejar en la sombra los ideales de la izquierda, aquellos que habían

movilizado a la oposición más combativa frente a la dictadura. Cuando se pretendía el ascenso de los trabajadores al poder y una política internacional de España antiimperialista y solidaria con las luchas del Tercer

Mundo. Me viene a las mentes al respecto un acto en los años ochenta sobre Centroamérica y la revolución sandinista guiado por el apoyo a la misma. En él intervino un representante del PSOE que nos indicó cómo todo lo que decíamos estaba muy bien, pero, de momento, lo importante y prioritario era la «modernización».

Pero ¿qué contenido tenía esta mágica «modernización» capaz de poner entre paréntesis cualquier otro objetivo político? Desde luego no apuntaba a la industrialización, pues aquello a que asistimos fue a la creciente destrucción de nuestro tejido industrial y productivo, en la cual proseguimos entusiásticamente, guiados no sólo por su posible —aunque remediado— obsolescencia, sino más intensamente aún por la política impuesta desde los grandes centros europeos. Pero, tampoco significaba la atención a algo decisivo en la peculiarización y grandeza de los siglos modernos occidentales: el desarrollo de la ciencia.

Cuando miramos a nuestro pasado no puede dejar de sorprendernos el contraste entre el lugar ocupado por nuestro país, no sólo en la historia de los descubrimientos y colonizaciones, sino en el terreno de la creación literaria y artística, de una parte, y su práctica ausencia en la aventura científica, de otra. Causa fundamental de nuestra postración y decadencia. Se trata de algo que percibieron con meridiana claridad lúcidas mentes españolas del siglo XIX, como las de la Institución Libre de Enseñanza. Conciencia crítica de que resultó el despertar científico —no sólo literario y artístico— que llenó el «medio siglo de plata», hasta la Guerra Civil. No dejó de haber, aún bajo las adversas condiciones de la dictadura, meritorios esfuerzos por continuar esta labor. Y debería esperarse que la instalación de la democracia se hubiera fijado como uno de sus objetivos prioritarios el desarrollo científico. Desgraciadamente nuestros partidos mayoritarios se han mostrado bastante miopes ante este hecho fundamental para la reconstrucción de nuestro país. No niego que se haya avanzado, pero muy insuficientemente. La investigación requiere medios. En este sentido, del 0,2 del PIB de pasados años dedicado a la investigación —cuando denunciaba esta situación en mi libro sobre la Universidad— hemos avanzado al 0,8. Pero la cifra media de los países de la Unión Europea se sitúa en un punto más, en el 1,8 y tanto los EE UU como el Japón desbordan ampliamente estas cifras. Y, evidentemente, el problema no se reduce a la financiación. No menos importante es la política orientadora de la investigación y la creación de un clima social, de un espíritu propicio para la misma. Objetos que requieren más amplia reflexión.

Carlos PARÍS

